

Cineencantamientos

(Un paro muy cinematográfico)

Por Quintín García

La Penélope Cruz enseña a la pantalla sus ojos negros, como de serpiente encantadora, desde las almenas de su propio castillo de York donde es retenida por el viejo y feo lord de Leicester, James Barden, para obligarla a casarse con él. Ella lleva años resistiéndose a ese viejo y feo lord. Pero, harto de los continuos rechazos y humillaciones de parte de la Penélope, el viejo ha asaltado su castillo. ¡Abusón!, ¡machista!... .. Y en esas llevan un buen rato los dos, dale que te dale a lo mismo: que si te casas conmigo te devuelvo tu castillo y además te doy otro; que no, que sí; que no seas ingrata y mala hija, que esto me lo dejó prometido tu padre antes de morir, etc, etc.

En fin, uno de esos conflictos medievales de conveniencias sucesorias que se solucionaban siempre con la espada del más fuerte (como ahora). Por lo que están contando, el lord lleva once meses de okupa no consentido en el castillo de York. ¡Rufián!, seguro que a él no le echa la autoridad como ocurre aquí. Es lo que tiene el cine histórico bueno, que siempre refleja algo de la actualidad. Sobre todo si es interpretado por buenas actrices, claro que tienen que ser morenas, como Penélope. Las rubias de Hollywood son para otro cine. El bueno bueno es el cine histórico inglés, el que sabe recrear espacios y ambientes. Y mover gente en la pantalla con tacto, con mesura. Con guionistas súper, además. Los americanos que se dediquen al western, permíteme la exageración, ellos todavía no tienen historia larga (bueno, los Pielas Rojas sí, claro, que vienen desde antes de Colón, ¡pero mira cómo están los pobres!) Hacen mejor los temas del presente, como le oía el otro día al Boyero, que no me pierdo ninguna de sus críticas en la radio.

Pero ¡atento!, chaval, no te vayas por las ramas, que vuelven los ojos de la Penélope a inundar toda la pantalla. Y eso que es una pantalla demasiado grande, un poco anticuada eso sí, pero qué le vamos a pedir al Buñuel II, el dueño (y el técnico, y el proyectista, y el acomodador, y el que barre...) Es amigo mío y me deja entrar gratis para hacer estas críticas cinematográficas (o crónicas, mejor) para la página web del barrio, que algo hay que hacer para entretener el paro después de haber tenido que dejar una Filología hace

cuatro años por los recortes de las becas, no te vas a pasar el tiempo lamiéndote las heridas por las esquinas como los perros vagabundos. Discuto mucho de cine con él, que no todo va a ser el fútbol o los atracos de los de la Gürtel, o los líos de los catalanes. El cine se llama Roxy, con sabor a clásico, y está al lado de mi casa, en el extrarradio. Lo van a tirar, dicen por ahí (otra cosa que se cargan para obligarnos a ir al centro y comprar las palomitas)

Mira, mira: un primerísimo plano, largo, eterno, del iris azabache de Penélope me inunda, me sobrecoge, me hechiza, casi me traspone. Luego, tras romper definitivamente las conversaciones con el lord de Leicester, se cubre el rostro, dolorida, con esas manos suaves de dedos tan largos, madre mía, mírala, ipobrecilla! Lloro.

Ahora deja de llorar y está dirigiendo su mirada hacia el patio de butacas, hacia los espectadores como si quisiera decir algo, pedir ayuda o algo, no sé, sigue mirando y mirando, creo que me ha visto, sí, me mira, me ha visto. En seguida gira la mirada hacia el foso del castillo como arrastrando la mía hacia allí, ¿qué querrá?, ¿qué querrá?... (Me distrae la cabezota del fulano de adelante que tan pronto se va a la derecha como a la izquierda el tío, estate quieto, hombre, ¡qué plastal, iculo inquieto! Éste también habrá venido a ahogar el paro con ración de celuloide, anda, estate quietecito un momento, chaval, mira esa espalda desnuda, mírala, ¡Dios mío...!)

En un descuido de los guardianes, que ajenos al fulgor de los ojos y de los pechos de la estrella se medio duermen sobre sus grandes zapatones raídos por la niebla (¡chúpate esa, Boyero!), la Penélope, con un gesto astuto apenas perceptible, tira las llaves de una puerta oculta del castillo que la cámara sigue con lentitud cinematográfica hasta hundirse en las encenagadas aguas del foso (perdonad si el lenguaje es un poco relamido, pero ella se lo merece, y es que vengo de leer el Mortal y rosa de don Francisco Umbral, qué pluma la suya). La imagen se congela, se queda ahí, quieta, en un largo zoom sobre las aguas plomizas, como provocándonos, como enseñándonos a todos los espectadores el lugar exacto -junto a la puerta oculta- donde han caído las llaves para que alguno hagamos algo y liberemos a la dama, ipobrecilla!, llora otra vez.

Pero no se mueve nadie, ¡cobardes! La imagen sigue fija. Nadie acude. Entonces la Penélope vuelve a mirarme, sí, me mira, es a mí, es a mí. Las llaves están ahí, seguro, las he visto caer hace un momento, están ahí, ipobrecilla!

Amparado en la oscuridad de la sala, y movido por un mágico resorte incontrolable que me arranca desde mi asiento en la última fila del cine Roxy (oigo rumores de que lo van a tirar para hacer un gran casino los chinos y redimir al proletariado occidental), de repente me veo a mí mismo salir corriendo hacia el castillo desde el bosque donde se ha escondido mi ejército. Al llegar al foso me zambullo sigilosamente en el agua, una, dos, tres, seis veces, hasta encontrar la llave enterrada en el limo. Allí mismo la acaricio con ardor adolescente, embriagado por el perfume de la Penélope que aún conserva. Ascendo luego a punto ya de asfixiarme.

Mientras hilos de agua putrefacta escurren y escurren en un primer plano de plata por las largas crines de mi melena medieval, hago señales a mis huestes (entre los que distingo como extras a los chavales que llevan la web, y los del billar) que en tropel se abalanzan con sus pertrechos de asalto sobre la puerta oculta del castillo previamente abierta por mí. Luchamos hasta bien entrada la noche contra los fieros guardianes. ¡¡Todos por la princesa de York!!

En el fragor de la contienda la Penélope logra burlar la vigilancia de sus carceleros y se refugia en el salón principal del castillo escondida tras unos gruesos cortinones de terciopelo rojo que caen desde lo alto sobre el trono del condado de York, vacío.

Cuando al fin, ganada la batalla, logro llegar al salón principal del castillo, la dama descorre apresurada los gruesos cortinones rojos y me mira, uff, con esos ojos azabache, como de serpiente encantadora. La cámara se vuelve lenta, lenta, embrujada. Los pechos se le abultan por la respiración entrecortada, tensa, esperanzada. Se me amontona la sangre sobre las mejillas y un impulso telúrico me empuja irresistiblemente hacia ella.

Mientras nos besamos la cámara se marcha, púdica, a buscar esa luz dulce, como de piel de melocotón, que tienen los amaneceres felices. (Hasta el nervioso del fulano de adelante se ha quedado como pasmado, quieto, sin mover el culo ni la cabezota -¡a ver si hay suerte, chaval, y nos llaman a los dos para la campaña de Navidad en el Corte Inglés!-))

Una gran panorámica del castillo de York, entre jirones de nieblas blancas, inunda ahora toda la pantalla y la banda sonora se llena de flautas y violas muy al estilo inglés.